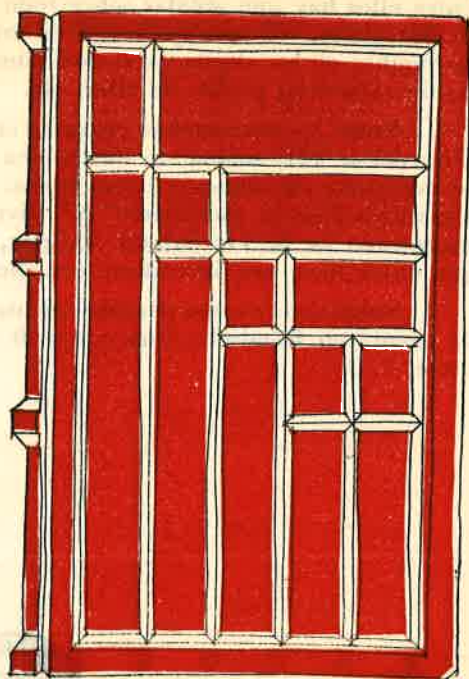


YO AMO LA BIBLIA



La historia literaria de Francia puede contar, como una segunda Pléyade, al grupo, inorgánico tal vez en sus procedencias y temperamentos, pero cohesivo y firme en su fe, de los grandes convertidos del último siglo. Y dentro de esta magnífica generación espiritual de los Bloy, Psichari, Foucauld..., Claudel ocupa quizá el puesto más cordial y amable.

La asombrosa juventud espiritual del poeta le conservó hasta sus últimos días calor y dinamismo para una actividad depuradísima que se autodirigía, cada vez con más seguridad y entrega, al estudio y comprensión de Aquel a quien amó sin reservas.

Su muerte repentina, ante la mesa de trabajo, sobre las hojas gastadas de una Biblia abierta tiene la significación precisa y venerable de un legado. Y del mismo modo hay que tomar, también, por sencilla deducción, la ampliación sonora de ese callado gesto que expresan los capítulos de este libro que hoy presentamos: "J'aime la Bible" (1).

El fragmento que elegimos está escrito con ardor de cruzado y puede que también con simplismo de joven inexperto.

(1) Paul Claudel. *Amo la Biblia*, trad. cast. y prol. del R. P. Juan Bautista Bertrán, S. J., Vergara Editorial, S. A., Barcelona, 1956.

NUEVO Y VIEJO

Ninguno de estos dos matices, quizás, sean la peor alabanza que pueda hacerse de un hombre como Claudel. En su intelectualidad perfecta y madura, el candor con que ama la Vulgata como herencia espiritual del pueblo cristiano o la nobleza con que se encrespa contra "el cacareo de los estribos incapaces de desembocar en algo articulado y positivo", nos remonta a la época en que el intelectual servía a su idea con dedicación plena y olvido absoluto de su yo. Ante esta generosidad, que inclina placenteramente al olvido de los defectos particulares, es fácil que veamos en las páginas del poeta, como impecablemente afirman sus críticos, no "...un comentario, sino una plegaria, una meditación que impresiona por su fe y su sinceridad."

HAY QUE DEVOLVER EL ANTIGUO TESTAMENTO AL PUEBLO CATOLICO.

Hay que devolver el Antiguo Testamento al pueblo cristiano. No hay obra más necesaria ni más urgente. Hay que devolver al pueblo cristiano esta mitad de su herencia de la que se le quiere despojar, esta tierra prometida que siempre mana la misma leche y la misma miel que se le quiere robar y que le pertenece. Hay que devolver al pueblo cristiano, para su uso, este gran edificio, aligerado de todo el aparato pseudocientífico de conjeturas arbitrarias y de hipótesis frívolas que sólo sirve para descorazonar, para desconcertar, para rechazar a los fieles; para ensordecercles de tal forma que no puedan oír entre el cacareo de los escribas incapaces de desembocar en algo articulado y positivo, el gran clamor de los profetas: *Sitientes, venite ad quas!* (2). Hay que enseñarles en esta obra magnífica del Espíritu Santo, de la Sabiduría de Dios, no un montón confuso de materiales heterogéneos medio devorados por el tiempo, sino un monumento soberbio sobre el cual los siglos no tienen ningún poder y que se ofrece todavía a nosotros, intacto y virgen en su composición sublime y profunda, en su significación original, en la invitación que dirige, tan potente hoy como antaño, a nuestra inteligencia, a nuestra imaginación, a nuestra sensibilidad, a todas nuestras necesidades de amor y de belleza. De este texto sagrado tenemos la dicha de poseer una transcripción incomparable, sancionada desde siglos por la autoridad y por la práctica de la Iglesia, en la que yo veo la obra maestra, la cumbre, la gloria de la lengua latina: quiero hablar de la Vulgata.

Si no dependiera más que de mí, la Vulgata formaría la base de la educación de los niños, como los poemas de Homero, a los que sobrepasa en altura, lo eran antaño de los jóvenes griegos. Por lo menos si hay que contentarse con traducciones francesas, que estas traducciones tomen su principal orientación, no completándola sino con prudencia, en este canon venerable en el que me parece reconocer el timbre, el acento mismo de la Divinidad. ¡Qué felicidad entonces haber recobrado nuestro bien! ¡Qué felicidad admirar a corazón libre, a corazón abierto, a nuestro Dios, nuestro

(2) Los sedientos, venid a las aguas!

Creador que no está menos, que se encuentra infinitamente más en esta palabra vivificante dirigida a nosotros más distintamente que lo está en la radiante confusión de la naturaleza! Nutrámonos de esta historia que tiene un sentido, de esta sucesión de acontecimientos llevados por Dios para enseñanza nuestra y para la revelación de sus infinitas, sus ingeniosas misericordias. Dios ya no es la fría entidad de los filósofos. Es Alguien. Moisés, David, nos le muestran tal como es, tal como vive su vida, tal como nosotros tenemos el derecho de verlo ya que se nos dice que estamos hechos a su imagen: los sabios nos lo explicarán como quieran.

Pero, ¡qué alegría, qué emoción ver vivir allá arriba a nuestro Padre, desbordante de paternidad por nosotros, de ternura, de compasión, de todos los sentimientos que convengan, de cólera mismo! Sí, a nosotros nos gusta esta cólera, esta santa cólera, nos gusta que se nos tome en serio en nuestras transgresiones como en nuestros ensayos de bien obrar. ¡Y todos esos imbéciles que nos hablan de un Dios feroz! ¡Un Dios celoso, sí, tanto como queráis! Es así como nos gusta.

Echémonos pues sin miedo, la cabeza lo primero, en este océano de amor y de belleza, el Antiguo Testamento, en el que tantos santos, tantos genios encontraron un alimento inagotable. Volvamos a conocer, en su realidad viva y típica, estos personajes verdaderamente sobrehumanos, quiero decir aquellos en los que una humanidad integral se transfigura, entera, por la significación auténtica, Abrahán, Jacob, José, Moisés, Job, Samuel, David. No son protagonistas de novela o de teatro. Podemos cogerlos en los brazos. Son nuestros hermanos y hermanas, pero hermanos y hermanas llenos de Dios, desbordantes de la voluntad del altísimo. Leamos la Sagrada Escritura, pero leámosla como la leían los Santos Padres, que nos enseñaron que era la mejor manera de sacar provecho, leámosla de rodillas. Leámosla, no con intenciones de crítico, con la necia curiosidad que sólo busca la vanidad, sino con la pasión de un corazón hambriento. Se nos ha dicho que está allí la vida, que está allí la luz, ¿por qué no vamos a probar un poco por nosotros mismos el gusto que esto pueda tener? No es sólo la majestad del Sinaí la que nos invita a la subida, es una sonrisa femenina, la sonrisa de la Sabiduría, de esta Virgen augusta cuya imagen puso Dios ante sí para animarse a crear el mundo. Es ella la que divisamos al fin de esta larga perspectiva de monumentos incomparables. Es ella después del Génesis, la aurora progresiva que precede al sol levante. Esta luz divina no está ausente para nosotros los cristianos, de ninguna de las partes del texto revelado, trátese del Antiguo o del Nuevo Testamento. A ella pueden aplicarse las palabras del Salvador en el Evangelio: *Cuando os digan, está en el desierto, no es verdad; está en un cuarto cerrado, no lo creáis. Como el relámpago sale de Oriente y se muestra hasta Occidente, así será la venida del Hijo del Hombre.* Es Él quien reina en todas las partes del Antiguo Testamento, del que fué el inspirador, como del Nuevo. Es Él quien ha firmado todas las páginas con este juramento solemne: *Ego vivo!*